

Bawé

Catalina Sierra Rojas

“**E**n las puras honduras de la selva espesa nace Macunaíma, el héroe de los nuestros. Es azul de tan negro e hijo del miedo de la noche. Hubo un momento en el que el silencio era tan intenso escuchando el cuchicheo del río Uraricoera que la india tapamuñas dio a luz a una criatura fea. Y ese crío fue lo que llamarían después Macunaíma. Ya en la niñez hizo cosas que requeteasustaban. En primera, se pasó seis años sin decir ni pío. Si lo sonsacaban a hablar, exclamaba: —¡Ay que flojera!... Y sanseacabó”.

El taxista que me trajo el libro padecía de erisipela, y al verlo recordé la fotografía que hiciste en la playa de Punta del Este: muy cerca del mar mi cuerpo cansado y semidesnudo sostiene tus búsquedas, y en ese reflejo en el que me conviertes, mi pierna devela su historia de dolor. El mismo dolor que no podrías entender y que te grita desde el silencio. Siempre que llamas desde esa selva que desconozco presto mucha atención a tu alegría y a tu luz, pero nunca me atrevo a decirte qué me pasa, sería un dolor innecesario para ti, tan joven y con tanta hambre de vida. Pensé que con la lectura de este libro entendería un poco tu mito-selva. Deseaba hablar contigo, solo contigo, algo más, y no tener que recurrir a mi humor negro que a veces te oscurecía, para esconderte (de) mi angustia.

El día que recibí el libro preparé chocolate amargo, un poco para disponirme a la lectura, pero sobre todo para sentirte, Sara. No terminé el primer párrafo cuando escuché un sonido peregrino que emanaba del baño, como el ahogo de un pájaro en un lago. Con el miedo escondido en el corazón busqué mi juego de arquería y caminé lentamente hacia el baño, mis oídos trataban de descifrar aquellos sonidos, me asusté, Sara, tuve la impresión de asistir a un réquiem. No quise entrar, mi cuerpo temblaba tras la puerta, pero

Catalina Sierra Rojas. Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Tesis meritoria. Este cuento obtuvo mención de honor en el concurso El Brasil de los sueños, 2014, del Instituto de Cultura Brasil-Colombia, Ibraco. csierraro@unal.edu.co

en un ataque repentino de valentía la abrí y descorrí la cortina y ahí estaba, asustada, temblando y resbalándose por las paredes húmedas de la tina. Mi flecha no hubiera atravesado su caparazón. ¿Cómo llegó hasta allí? No pudo haber subido por el conducto, tampoco pudo haber bajado del grifo, su cuerpo enorme no se lo permitiría, solo sé que estaba ahí, aterrada, tratando de salir de mi tina.

La tranquilidad e intriga que me produjo su presencia me permitió mirar las inscripciones de su lomo, llegué a pensar que se trataba de un laberinto que me conduciría hasta ti, o una de tus infinitas invitaciones a la selva. En ese momento mi corazón me condujo hasta tu hamaca (la misma desde donde escuchaste la invitación del delfín al mundo debajo del agua), dentro de ese capullo verde y húmedo parecías un colibrí en reposo. Llovía como nunca, solo escuchaba el sonido del amor, pero la resaca fluvial y tu escape de la hamaca hacia la ventana me trajeron de vuelta a la tina.

No podía creer que aquel ser se encontrara en mi casa, quizás era una alucinación por querer calmar mi angustia con opio, pero no lo era, su cuerpo rugoso, seco y duro en mis manos me sacaba del sueño. Ahora, el problema no era saber cómo había llegado, sino saber qué hacer con ella. Temblaba, así que pensé que un poco de agua tibia la ayudaría. Y así fue: abrí el grifo, y cuando se sintió de nuevo señora de las aguas se calmó y empezó a aletear tropezándose cada tanto con las paredes de la tina. Un rato más me quedé prendido a su figura y a sus movimientos. Me entraron unas ganas infinitas de llamarte, de contarte, de compartir algo más allá de mi dolor. Te llamé pero no contestaste.

Me devolví donde mi huésped con algo de lechuga fresca y algunas capas de cebolla que habían quedado del almuerzo. Comió hasta que entró en un profundo sueño. También quise dormir, solo mi cansancio lo permitió. Esa noche, como casi todas, te soñé. Era de noche. Del otro extremo del río-mar te observaba. Jugabas con tu telescopio y mirabas el camino del manatí con Yoí, el niño zambo que me contaste podría ser nuestro hijo. Me alegró tanto verte, y quise estar tan cerca de ti, que me dispuse a cruzar el río. No supe cómo, pero en la orilla apareció una balsa, no dudé en subirme y tan pronto como lo hice esta se sumergió. En mis sueños tu selva-mito se hace realidad. Estaba en el mundo debajo del agua. Tenías razón, Sara hay un mundo reflejo de la tierra debajo del río Amazonas. Quise salir de allí para buscarte... para hallarme. No entendía ese mundo que se desplegaba de maravilla ante mis ojos. Por fin, la balsa subió a la superficie, era de día. Corrí a buscarte, Sara, pero no te hallé. El mundo debajo del agua y mi angustia se duplicaban en ese pedazo de selva. Los indígenas me miraban con susto y me gritaban “bufeo”. Yo solo te preguntaba, Sara, y nadie se atrevía a hablarme. Desperté con sobresaltos. De nuevo te llamé y de nuevo encontré esa voz fría tras el teléfono.

El ser de la tina hipaba y parecía dolerse con mi zozobra. Cuando llegué a su refugio estaba encalambrada. Con todo mi esfuerzo logré sacarla y llevarla hasta el balcón. El sol de otoño le devolvió el color a su piel. Parecía estremecerse y alegrarse. Te recordé. ¿Dónde estás Sara? ¿Por qué no regresas como antes? En la radio informan que hoy en el cielo hay una gran cometa cósmica que gira hacia Plutón, ¿será la señal que necesito para salir de mi casa e ir a buscarte? ¿Nos verás esta noche con tu telescopio? Mi amada salvación, en el cielo siempre puedes pensar que fue el tren el que se arrojó hacia ti.